



Crónica de una Experiencia

Introducción

(del libro de Hernán Millas y Emilio Filippi, "Chile 70-73. Crónica de una experiencia").

Cuando a fines de 1972 el entonces presidente Salvador Allende recorrió tres continentes y habló ante las Naciones Unidas, el comentario generalizado era optimista: "La experiencia socialista chilena es única en el mundo y un ejemplo para los países latinoamericanos". Desde fuera, naturalmente, todos miraban con gran interés "el proceso" y le asignaban un futuro lleno de esplendores y éxitos.

Quiénes, pese a nuestra calidad de privilegiados no comprometidos en la política oficial, tuvimos la oportunidad de acompañar a Allende en ese periplo, pensamos en la paradoja abundante que significaba el hecho de que el político socialista que dirigía los destinos de Chile fuera tan popular en el extranjero, mientras en su propio país crecían aceleradamente el descontento, la rebeldía nacional y el desahogo ante la inminencia del más rotundo fracaso.

Allende hablaba de un "socialismo democrático y pluralista". En sus reconocidos discursos se mostraba respetuoso de la institucionalidad "burguesa", del sistema político y de la convivencia democrática.

Dramáticamente, hacia llamados a cruzar la guerra civil, anunciaba "sacrificios compartidos" y culpaba a la oposición de no dejarle gobernar.

En el mundo existía la imagen de ser Allende un mandatario "progresista", que trataba de levantar a los trabajadores de su nivel de pobreza y colocarlos en un nivel de igualdad de posibilidades y de bienestar. Se decía de él que se "había atrevido" frente a las compañías imperialistas de Estados Unidos y que reclamaba para su pueblo la independencia económica y el derecho a autodeterminarse.

Oídas en fejo, todas estas expresiones no podían sino que agrandar a los sectores más ilustrados del oído. Además, el hecho de que el marxismo contase con voceros en todos los rincones de la tierra —incluso en aquellos más increíbles— le permitía a Allende asumir las características de un nuevo libertador popular en el Tercer Mundo.

Porque, en definitiva, ¿quién podría negar a un pueblo subdesarrollado el derecho a iniciar su propia

revolución política, económica y social? ¿Acaso muchos no hubiesen querido llegar al socialismo por la vía pacífica, conservando los viejos esquemas políticos liberales, pero incorporando nuevas formas de vida, más justas, más igualitarias, más democráticas, más vigorosamente humanas?

Aún vimos que en México, Colombia, Francia, España, Estados Unidos y en África se hablaba de Chile con simpatía. Y periodistas que para sus países jamás pidieron una "vía socialista" —y que incluso rechazaban esa posibilidad remota— aplaudían el experimento allendista y escribían fogosos artículos de entusiasta adhesión y de admiración indiscriminada.

Este cuadro explica que, en el extranjero, la estrepitosa caída de Allende fuese un hecho criticable. Desde sus lejanos lugares de observación, muchos

han querido ver en el pronunciamiento militar que derrocó al marxismo en Chile una conjura siniestra nacida de las generosas ubres del imperialismo norteamericano, de la CIA o de las compañías transnacionales.

Alejados de la realidad que Chile vivió durante los tres años de experiencia socialista, esos observadores cometieron el error —para decir lo menos— de creer que lo que Allende decía era lo que su gobierno efectivamente hacía.

La verdad es que el proceso marxista fracasó en Chile por muchas razones concurrentes y no pocos vicios de sus ejecutores.

Si bien, Allende logró en algún momento popularidad —que sorprendió hasta a los más atrevidos profetas—, no lo es menos que ella fue la popularidad de la esperanza. El pueblo chileno fue muy generoso con Allende. Le creyó sus promesas, tuvo

confianza inicial en que la injusticia terminaría, pensó en que, al cumplirse las llamadas "cuarenta medidas de acción inmediata", se nivelaría a los sectores más postergados y se eliminarían muchas tareas. Por eso le apoyó electoralmente cuando, meses después de haber sido elegido por apenas un tercio de la votación popular, lograba casi el cincuenta por ciento en un comicio municipal.

Pero la realidad histórica es que, a pesar de haber tenido oportunidad de sobra, no cumplió sus promesas. Por el contrario, se dejó llevar por la idea propia y de sus asesores de que, con sangrientas, se podía alcanzar el poder total, aunque esto le costase sufrimiento, hambre y miseria a la población, y aunque con ello dejase hacer a los deshonrados que, en nombre del pueblo, dieran fondos públicos en su propio beneficio.

Allende creía que para construir el socialismo era indispensable destruir lo existente. Como sostenían sus inspiradores, "había que partir de cero". El riesgo significaba que las actuales generaciones deberían pagar el precio duro, casi sinicista, de una economía destruida, de una producción en el suelo, de una inflación acelerada al máximo, de una aguda falta de bienes esenciales de consumo, de una indisciplina laboral creciente, de un socialismo sin medida y del odio exacerbado que regia toda las actuaciones públicas y privadas.

Si "vía democrática" en realidad era un mito. Si bien no había disuelto el Parlamento, lo cierto es que no promulgaba sus leyes. Si bien mantenía vigente el Poder Judicial, la verdad es que se negaba a cumplir sus sentencias. La Contraloría General de la República podía objetar los decretos del Ejecutivo, pero éste abusaba del sistema de decretos de insistencia establecidos en la Constitución sólo para casos excepcionales, y obligaba al contralor a acoger sus determinaciones. Si bien no había suprimido el derecho a reunión, lo real es que lo limitaba a reuniones designatorias para la oposición y con ventajas irritantes para el oficialismo. La libertad de prensa existía, pero los periodistas opositores eran apaciguados sin orden judicial. En cambio permitía que sus propios periódicos denigrasen a los adversarios del gobierno de un modo desconocido hasta entonces en Chile.

Formalmente, Allende mantenía el sistema democrático, pero en el hecho lo atropellaba. Lo que Allende predicaba en el exterior —y que tanto aplaudían sus exégetas— no era lo que en Chile realizaba, sino todo lo contrario.

Por eso, al analizar las razones de la caída de Allende, podría sintetizarse lo ocurrido en una frase: la experiencia socialista chilena fracasó en el fondo, porque llevaba en sí misma el germen de su autodestrucción.

Si no hubiese sido por la dualidad con que actuó la Unidad Popular, ciertamente jamás habría ganado las elecciones. Y Chile se habría evitado tres años de desastre.

¿DIRIGENTE?
¿CUAL
DIRIGENTE?
¡AH!... POR
LO DE LOS
DOLARES.
DICE...
¿QUIEREN
MAS?...
¡OIGA!... PERO
USTEDES.
¿NO SE
LLENAN
CON
NADA?



Director de "La Epoca" y Subdirector de "Hoy" [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Director de "La Epoca" y Subdirector de "Hoy" [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile